

Teresa de Jesús

y la experiencia de Dios



CENTENARIO de la Reforma Carmelitana. La figura de la Madre Teresa de Jesús está, de nuevo, cerca de nosotros. Los viejos conventos de Avila, de Medina del Campo, de Beas... lanzan al vuelo sus campanas desde las torres. Teresa de Jesús vuelve a visitar sus "palomares" en la pequeña caravana de mula y carreta que recorre, sin prisa, el libro de las Fundaciones.

Hemos prescindido de la anécdota —la maravillosa anécdota de la fundación de cada convento— para adentrarnos un poco en el alma de la Santa. Las piedras de sus conventos son fuego de sus éxtasis. Y estos éxtasis, experiencias de lo divino, constituyen alguna de las páginas más profundas y sabrosas de los escritos de la Madre. He aquí la firme prosa castellana en lucha con lo inasible del gozo, de la lumbre y del sabor misterioso de Dios. Teresa de Jesús realiza en la descripción de esos momentos, un esfuerzo sobrehumano de análisis y concreción de fórmulas, sin que, por otra parte, su prosa deje nunca de flotar al aire limpio con la sencillez de su propio velo y la gracia de su humilde ternura de mujer castellana.

En el texto conservamos las transcripción ortográfica original.

Parece que hemos dejado mucho a la palomica y no hemos; porque estos trabajos son los que aun hacen tener más alto vuelo. Pues comencemos ahora a tratar de la manera que se ha con ella el Esposo, y cómo antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sotiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre.

Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, que muchas veces estando la mesma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido, mas entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces —en especial a los principios— la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina quién ni cómo le hirió; mas bien conoce ser cosa preciosa y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás. Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor y no sé cómo; porque parece cosa contraria dar a entender el Amado claramente que está con el alma, y parece que la llama con una seña tan cierta que no se puede dudar, y un silbo penetrativo para entenderle el alma que no le puede dejar de oír; porque no parece sino que en hablando el Esposo por esta manera —que no es habla formada— toda la gente que está en las otras moradas no se osan bullir, ni sentidos, ni imaginación, ni potencias.

Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios.

Direisme: —Pues si esto entiende ¿qué desea y qué le da pena?, ¿qué mayor bien quiere? No lo sé; que parece le llega a las entrañas esta pena y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que las lleva tras sí, según el sentimiento de amor que siente. Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltava alguna centella y dava en el alma, de manera que se dejava sentir aquel encendido fuego, y como no era aun bastante para quemarla, y él es tan deleitoso, queda con pena, y al tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir. Porque este dolor sabroso —y no es dolor— no está en un ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se pueda procurar por ninguna vía humana; mas aunque está a veces rato, quítase y torna; en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender, muérese la centella y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mesmo natural, ni causada de melancolías, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de a donde

(1) «Moradas Sextas», Cap. II, págs. 420-22.

está el Señor, que es inmutable y las operaciones no son como otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deletosa ni quitarla, a mi parecer.

A quien Nuestro Señor hiciere esta merced —que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá— dele muy muchas gracias, que no tiene temer si es engaño; tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para y cómo recibe más y más. Aunque a una persona que esto tuvo, pasó algunos años con ello, y con aquella merced estava bien satisfecha, que si multitud de años sirviera a el Señor con grandes trabajos, quedava con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás. Amén. (1).

Cuando estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo, y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se olvida. Mas cuando son visiones intelectuales, tampoco las sabe decir; porque deve haver algunas en estos tiempos tan subidas, que no las convienen entender los que viven en la tierra para poderlas decir. (.....) Pues direisme: Si después no ha de haver acuerdo de esas mercedes tan subidas que ahí hace el Señor a el alma, ¿qué provecho le train? ¡Oh hijas!, que es tan grande que no se puede encarecer; porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas y jamás se olvidan. —Pues si no tienen imagen ni las entienden las potencias ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso; mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma, tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe que le dice quién es y que está obligada a creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal, como hizo Jacob cuando vio la escala, que con ella devía de entender otros secretos, que no los supo decir; que por solo ver una escala que bajavan y subían ángeles, si no hubiera más luz interior, no entendiera tan grandes misterios. (...) Así que, hermanas, a las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros que no ha de entender sus grandezas. Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que estoy diciendo, y creo que no la hay que cuadre. Mas digamos ésta. Entrais en un aposento de un rey u gran señor —u creo camarín los llaman— adonde tiene infinitos géneros de vidrios y barro y muchas cosas puestas por tal orden que casi todas se ven entrando. Una vez me llevaron a una pieza de éstas en casa de la Duquesa de Alba, que me quedé espantada en entrando, y considerava de qué podía aprovechar toda aquella barahunda de cosas, y vía que se podía alabar al Señor de ver tanta diferencia de cosas; y hora me cay en gracia cómo me ha aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto; mas por junto acuérdase que lo vio. Ansí acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios (2).

(2) Id., cap. IV. pág. 432-33

Citamos siempre «Obras completas» según la edición de la B.A.C. Tomo II. nueva revisión del texto original con notas críticas, por Fr. Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. Madrid 1954.